

**L**OS liberales son populares con la popularidad del cólera.

¡Ah! la historia se ha de acordar mucho de esta cama con chinches que han sufrido los pueblos por espacio de un siglo.

Pero si me doy á discurrir por ese lado, no acabo nunca.

Vengamos al asunto.

Es notable, ó por lo ménos debiera serlo, que trinando tanto esas gentes contra la monarquía y echando borbotones de indignacion contra los déspotas, que tal parece la mera verdad, en la práctica se esfuerzan por imitarlos; hacen su remedio, azas ridículo, y no comprenden la popularidad sino bajo la forma de la que gozaron los tiranos.

¡Qué caricatura!

¡Qué fandango!

¡Qué.... cosas!

Por ejemplo: allá en los tiempos ominosos de

los reyes, se acostumbraba que cuando el gobernante, el delegado ó subdelegado, regresaban de algun viaje, el pueblo se agrupaba y lo tomaba en hombros de litera; y en épocas posteriores, quitaba los caballos al enorme coche de sopanda, y tiraba de él vitoreando al que á riesgo de ser volcado iba dentro, bañándose en el sudor copioso de la gloria popular.

Las fachadas de las casas estaban profusamente adornadas, y de un balcon al de enfrente colgaba la *enramada*, formada de mascaditas chinas ó de burato, que colgaban en forma de triángulo; tenderos de lujo, bambalinas de la demostracion popular.

Cuando acabaron las procesiones, las mascaditas y los tápales de jardin cayeron rendidos de tanto estar colgados de cabeza, y quedaron para sobrecamas de cuadritos ó para altares del Viérnes de Dolores.

Nuestros gobernantes y gobernadores querían imitar aquella popularidad, y es digno de contarse las trazas que se dan, ellos ó sus *achichinques*, yo no sé, para lograrlo.

Desde que á D. Apolinar Castillo le pasó lo que le pasó, por haberse ido á una cacería, los gobernadores han suprimido ese noble entretenimiento, y se están metiditos en casa, cuidando el hueso, que no desamparan ni cinco minutos.

Solo cuando el señor los llama salen de su rincón, y á no ser en ese caso, harán cuanto ustedes quieran, pero en casa.

Antes de aquella triste experiencia, de aquel famoso escarmiento, solían irse á dar sus verdes por esos mundos.

Nada más justo que descansar de las pesadimas, fatigosísimas faenas que trae consigo entre estos señores el cargo de gobernar.

Verdaderamente no sabemos cómo puede un hombre trabajar tanto, pensar, estudiar, meditar tanto.

¡Qué ingratos son los pueblos para con ellos, válgame Dios!

Con razon cuando algun liberal sabe la amarguísima noticia de que ha sido *electo*, se entristece, clava el pico, gime y depreca, y solo por un deber ineludible de todo buen ciudadano, acepta, eso sí, á revienta cincho, refunfuñando á más no poder.

Digo, pues, que salían á tomar aire, á descansar, á espancirse, á respirar esa vida que solo por ser impuesta por el pueblo se puede aguantar.

Cuando volvían, la cosa era para poner tablados.

El *barbero* de mejor navaja, preparaba la recepcion.

Se comenzaba por preparar un banquete, por-

que ya se sabe que los liberales no entienden ninguna fiesta sin el *trago*. Y luego desnudaban á cuarenta gendarmes, ó como ántes les llamaban, *serenos*, y los vestían de blusa, calzones, sombrero de petate y jerga al hombro.

¡A jalar el coche!

Disfrazaban otros cuarenta, y los trepaban á las torres de la Catedral ó de la parroquia, según.

¡A repicar!

El barbero mayor se frotaba las manos y decía, jadeante de haber trabajado tanto: "ahora, que llegue."

No se hacía esperar. De repente, el silbido de la locomotora anunciaba que el *amado* gobernante estaba á las puertas de su heredad.

Los vecinos pobres y ricos, si no sentían pesar, por lo ménos, tampoco alegría, y oían el silbido, como pudieran oír el del muchacho que pasa por la calle.

¡Ah! pero en cambio la estación estaba que se ardía.

Gritos, cohetes, abrazos.

Su Alteza bajaba en peso. No ponía un pié en tierra, porque los de sorbete lo llevaban como en silla de manos hasta el coche, y si se trataba del fin de una expedición de caza, venían otros, atrás, con la bolsa de cuero de las municiones, la escopeta en su funda de búfalo, el cuerno-voeina, el

cuerno-polvorin, el cuchillo, el sombrero de sol, el tompeatito del *itacale* y colgando de las patitas un chorlito, y una tortolita; una víbora pendiente de un hilo atado en el pescuezo, y un indio herido por una bala perdida del señor. Este era el resultado de la caza!

¡María Santísima, y cómo cuidaban del chorlito y la tortolita!

La llevaban con un tiento, que tal parecía que llevaban la custodia. Con la puntita de los dedos oprimían las puntitas de las uñas del animalito, que por lo demás, era monísimo, y el lugar en que quedó el *cadáver*, denunciaba un tiro magnífico.

A cada paso, el señor volvía la cara para ver si sus conquistas, si su *caza* venían bien.

¡Y qué regocijo sentía al ir oyendo las disertaciones sobre su arte y las alabanzas al cazador!

*Pepe* decía: "si donde pone el ojo pone la bala."

*Manolo* replicaba: "¡Y cazar chorlos! vdes. no saben lo que es cazar chorlos. No he visto tiro más difícil."

Guacho, porque así les dicen á los Joaquines, añadía:

"¡Y la víbora!"

El pobre de Guacho no reflexionaba que la víbora había sido víctima de la vara y no de la escopeta; pero como estaban tan emocionados por la recepción, no sabían lo que decían.

Por fin llegaban al coche.

Y llegando y poniendo lumbre.

Inmediatamente quitaban los caballos, y plantando en su lugar á los pobres léperos, no sin proponerles picotones y pellizcos furtivos, quiero decir á excusas, y tirones de camisa y cuanto Dios crió, porque aquellos infelices, desvelados de toda la noche, viendo el sol amarillo, y sin hacer la mañana, porque ni para eso tuvieron tiempo, tenían más ganas de que los enterraran que de jalar un coche recargado con las diez arrobas del señor Gobernador y las doce del barbero presidente y las diez y seis del gordo gorrón que ha de andar en todas las frascas.

¡Cómo maltrataban á aquellos infelices!

¡Qué culpa han tenido de no ser de *alzada*?

Pero en fin, entre los cuarenta, bien agujoneados, iba el coche que desempedrabá las calles. A veces los vítores cesaban, porque los que *jataban* tenían además la obligación de gritar, y por supuesto que la fatiga no les dejaba.

Al principio gritaban ¡viva el ciudadano Gobernador!

¡Viva!

Pero á poco ya no más arrojaban berridos, y después nada, porque ni matándolos podía lograrse que corrieran, jalaran y exclamaran.

La campana se hacía pedazos.

El señor llegaba en triunfo. Los chorlitos eran disecados y colocados bajo capelo en la sala. La víbora iba á dar á un bote de aguardiente, y el pobre indio al cuartel del 1º, donde le cascaban el chaco para que no fuera á contar por la calle el buen tiro del augusto cazador.

Tal es la popularidad de los liberales.

Nadie hay que no haya visto casos semejantes. Y cuento un rasgo, uno solo de esa popularidad, porque todos no cabrían en veinte mil guerrillas.

Ellos dicen que el pueblo es *soberano*, que el hombre es Dios, desde que se deificó la raza, y sin embargo, se goza, digo se gozaban de que su carruaje fuera tirado por hombres.

Pero ya habrás notado, lector, que he venido diciendo *aban*, he venido hablando de tiempo pasado porque lo que es de presente, por favor divino, los liberales ya han comprendido que es preciso serlo de veras, áun perdiendo las comodidades, y suprimiendo la orgullosa vanidad de los tiranos.

Así verbigracia, has de estar, lector, en que el señor general D. Manuel Gonzalez, felizmente reinante en Guanajuato, tuvo que ir á un *negocio urgente* al Valle de Santiago. Esta noticia hubiera resucitado al Jefe Político, si estuviera muerto pero lo digo porque es la noticia de mayor sensación que ha tenido en su vida.

Para no hacerte el cuento largo, porque es muy

largo, me bastaría decirte, que se impuso una multa á todo vecino que no adornara el exterior de su casa el día en que llegara su señoría. Y así fué. Ni la más arrumbada pocilga estaba sin adorno. Un farol, un pañuelo, una flor de muerto, unas faldas de camisa, cualquier cosa; pero todas las puertas tenían su colgajo.

Ciudadano libre, ciudadano según la Constitución de 57, ciudadano igual al presidente de la República, si no en fortuna, sí en garantías, ciudadano soberano, pero óyelo bien, *soberano*; y sin más apellidos, *ciudadano* que lees esto ¡qué te parece!

¡Qué dirás tú de la popularidad de los liberales!

¡Qué dirás del estado que guardan las garantías tan cacareadas!

Y tú, libre pensador, redentor del pueblo, adorador del hombre, tremendo enemigo del retroceso, tú, *Monitor*, que te arrancas los pelos de coraje porque un hombre se arrodilla á besar el pastoral de un Obispo, ¡qué dirás si esto que hacen tus cofrades lo hicieran los católicos!

Pónete en el caso, ya imposible ciertamente, de una administración católica, ¡cómo te herviría esa boca para anatematizar semejante atentado! ¡Y cómo no te harías lenguas para decirle al pueblo: "Mira lo que son los retrógrados; levántate contra ellos porque te tiranizan, te chupan, te envilecen, te imponen multas si no le pelas el diente al señor que pasara por tu puerta."

Y sin embargo, nada han dicho hoy; sino que se ha necesitado que un triste guerrillero, retrógrado y clerical, venga á soltar la lengua.

Y *El Monitor*, que sabe hasta el número de estornudos que ha dado el día de ayer el vicario más arrinconado en San Juan de la Punta, no sabe lo que pasó en el Valle de Santiago, y si lo sabe, contestará con su gracia de siempre: "esos no son los verdaderos liberales."

Por lo demás, si vamos hablando de otras popularidades, puede que resulte lo contrario.

Por ejemplo, en Puebla, los presos han ido á trabajar á la plaza de toros, es decir, no como toreros, sino como albañiles, peones, etc., etc., á fin de componerlo, reponerlo y arreglarlo todo para las corridas de Mazzantini.

Y eso no lo han hecho, porque el gobernador sea el empresario, sino porque era seguro que asistiera á las corridas, á pesar de que es hombre que no sale de su casa, y los presos quisieron que encontrara la plaza muy aseada, no fuera á exclamar: "¡Qué poblamos tengo tan sucios!" Y que todo estuviera como navaja de barba, para que la corrida saliese bien y su gobernador se divirtiera un rato en cambio de tantas fatigas. Eso sí es popularidad, con la ventaja de que todo el público se aprovechó de ella. Popularidad tan espontánea y tan cordial, que á los presos no se les pagó

un centavo los días que fueron á trabajar; pero no crea el lector que porque no se quisiera pagarles, sino porque ellos no quisieron recibir nada, ni medio; se conformaron con su rancho, que por cierto no fué de *hígados trufados*, y al salir dijeron muy contentos:

—¡Qué agradece usted!

Conque, no cabe duda, los liberales son populares, con la popularidad del cólera.

Y no mentemos personas.

(*El Tiempo* del miércoles 15 de Marzo de 1887.)

—————



XX

**H**ABLEMOS de toros, es decir, pongámonos el traje de moda.

¡Virgen de Guadalupe! pero ¡qué es esto? Un furor, un *delirium tremens*, el judío errante que pasa por México.

Todo el mundo no habla más que de toros. En el estrado, en el café, en los trenes, en los periódicos, en las calles, é inútil es decirlo, en las cantinas no se oye otra cosa.

Pero ¡qué Gestas, por no decir la mera palabra, se le ha metido á la gente!

Desde que el Congreso autorizó las corridas en la capital, una hidrofobia taurina se apoderó del público.

Mazzantini vino á dar el tiro de gracia.

Cada cual se juzga ya una autoridad en punto al arte de la lidia, y es algo como un sacrilegio mover otra conversacion que no sea de toros.

No soy dueño de presentarme en una visita, porque aquellas gentes con los cabellos crizados

y la boca seca de hablar, sin dejarme á lo ménos quitar el abrigo, me asaltan:

—¿Qué dice vd. de Mazzantini?

—¿Fué vd. á Puebla?

—¿Ha visto á Ponciano?

—Pero, hombre, déjeme vd. dar las buenas noches.

Si entro á algun tren:

—¿Pero que no haya usted hablado contra esos infames picadores!

(Y otro.)—Ahora sí estamos muy enojados con *El Tiempo*. ¡Qué haya dejado pasar en limpio esa segunda corrida!

(Y otro.)—¿Qué opina usted de *Cuatro Dedos*?

(Y otro.)—¿Verdad que es más hombre Rebugina?

—Pero, caballeros, permítanme ustedes pagar el boleto.

Digo, pues, que ya no es posible salir á la calle ni hablar con alma nacida.

El tecnicismo taurino se ha hecho la lengua universal.

Todos hablan del *vola-pié*, del *capeo á la navarra*, del *descabello*, de la *pica*, ¡qué se yo!

¡Ah, pero lo que es para poner tabladros es la indefinida variedad de opiniones y anécdotas sobre Mazzantini y su cuadrilla!

Unos dicen: "Luis (porque ya lo tratamos de *Luis*) es admirable.

¡Qué sangre fría!

¡Qué conocimiento del animal!

¡Qué hombre tan hermoso!

¡Tan elegante!

¡Tan ilustrado!

—No crean vdes., Mazzantini es abogado, es telegrafista; para médico no le faltó más que el curso de anatomía. Tiene una magnífica conversacion y ántes que llamar la atencion como *espadas* hizo furor como orador.

—Lo que es detestable, replica otro, son los picadores.

—¿Qué barbaridad!

—¿Vd. no ha visto ninguna corrida!

—No.

—Pues voy á decirle. La silla del caballo es como de mula de carreta, se forma de dos tejas. Encima y suelto va un colchoncito de cuero. El picador es un hombre metido dentro de otro hombre de fierro; de modo que no tiene movimiento más que en los brazos y los ojos. Llega el toro, y ya que destripó el caballo, le pone en el morrillo la pica el picador que irremediamente va á dar al suelo, porque con poco que se ladée el caballo, el colchoncito aquel se va, y cae sin más averiguacion aquella masa inmóvil. Para ponerse en pié es preciso que lo levanten los mezos.

—¡Eso no vale nada!

—¡Hombre, no seas bárbaro! Si ese es justamente el arte.

—A nosotros nos extraña, porque no estamos acostumbrados; pero ese es el arte.

—¡Cuál, pregunta el tercero! ¡El que le den á uno de porrazos! ¡el no defender el caballo! ¡El estar de una pieza! ¡Pues lindo es el arte!

—¡Seguro que sí!

—El arte consiste en poner la pica en determinado punto del morrillo.

Y se arma la gresca; y he visto quienes se den de mogicones, porque el arte es darse de porrazos con tal de picar el morrillo, ó consiste en defender el caballo.

¡Y qué anécdotas sobre Mazzantini!

Uno dice: No tienen vdes. idea de lo que es Mazzantini. ¡Qué hombre!

—Yo le he visto ponerse delante del toro, hincado, llamarle y plantarle un par de banderillas de cuatro dedos de largo en el filo de cada ventana de la nariz.

—Eso no vale nada. Yo lo ví en Madrid ponerse de espaldas, con la capa en una mano y la espada en otra; venir el toro, agacharse Luis y por entre las piernas y hácia atrás, meter la espada á la fleura en el corazon, por supuesto por lo alto.

—Pero, no estén contando vdes. simplezas, re-

plica un tercero. Yo lo ví en Sevilla matar sin espada. Llamó al toro, y al llegar clavó una mirada terrible. Y el toro cayó muerto.

—Y ¡qué vale eso! repuso el general Marcial Pérez, que como siempre ha de contar lo supremo. En la Habana sucedió lo siguiente: Habían echado el ganado más bravo del infierno. Luis se plantó en medio de la plaza frente á frente al toril; se abrió éste, el toro venía de adentro como demonio, llegó á la puerta, sacó la cabeza, vió á Luis, y dió la vuelta para adentro espantado.

Y Marcial Pérez escupió por entre los colmillos, poniéndose rojo como sus narices.

Y en cuanto á biografías, Mazzantini ha tenido más biógrafos en este país, que Napoleon, Washington y César en todo el mundo. Solo que no hay dos biografías que coincidan.

Cada quien la forma segun la soñó en la noche anterior.

Una banderilla pegada por Mazzantini, es más buscada y mejor guardada que el anillo de Doña Isabel la Católica ó la bandera de Hidalgo.

¡Que si digo que *Cuatro-dedos* y Rebugina etc., etc., ya me tienen hasta el copete!

Hay indigestion de toreros, y esto es para volver á uno loco.

¡Pero ¡ay, lector! ¡qué triste desenlace tienen las glorias de este mundo!



No lo digo porque Napoleón haya muerto en la isla de Santa Elena, ni porque Colón recogiera en el desamparo la miseria y la calumnia como el premio de sus admirables hazañas; sino por lo que voy á contarte. Siéntate bien, lector; acomódate bien; tú sabes si te pierdes del cuento que voy á contarte; fresco como un huachinango y colorado más que como debiera estarlo *tranca diaria*.

Conque, para llevar carros de gente á Puebla se prometió solemnemente que Mazzantini no trabajaría sino en la Plaza del Paseo Nuevo. Y como ya dijimos que todo el mundo sabe su biografía, y el que ménos está empapado en sus negocios, y ha repasado su cartera, se ratificaba lo dicho por los cartelones, asegurando que: "tiene que lidiar en Madrid tal día."

—No, en Sevilla.

—Antes en la Habana.

—Pero, pagándole bien....

—Imposible, si allá le dan tanto....

—Y ha firmado escritura....

Muy bien. Allá va ese mundo de gente.

¡Cómo quedaron las calles de México!

No había á quien pedir la lumbre para el cigarrero.

Pero cátense ustedes que sucedió lo que debía suceder, que concluidas las corridas en Puebla, se anunció en México que lidiaría Luis en la Plaza de San Rafael.

Sólo la noticia de que el cólera estaba en Veracruz, causaría igual sensacion.

Todo el mundo dijo: yo me quedo sin pellejo, pero voy.

Óyelo bien, lector: ¡nueve pesos por entrada á sombra!

Nueve pesos grandes, relucientes y redondos como ojo de buey.

Pero el empresario fué tonto; pudo haber puesto nueve mil, que para venderse á los negreros sobraba gente.

La víspera de la corrida nadie pudo dormir; á las tres de la mañana las calles estaban llenas de gente, porque era imposible seguir dando vueltas en la cama.

¡Y vamos á ver á Mazzantini!

¡Pero es esto creíble!

¡Tamaño dicha para los mortales, y para los mortales de México!

Algo como la repeticion de los portentos del Sinal.

¡Cómo sería capaz de resistirlos la vista humana!

Y sin embargo, nada más cierto.

El Presidente de la República tomó palco.

Figúrense ustedes lo que sería aquella plaza á las dos de la tarde. Esas dos de la tarde que dilataron un siglo en llegar.

Por fin, cada quien se instaló, necesitando darse pellizcos y otras pruebas semejantes de afecto para convencerse de que no estaban soñando.

Antes de proseguir, debo hacer constar que el público estaba dividido.

La clase media y la alta es mazzantinista, y la clase baja poncianista á muerte.

Por fin, llegó la hora, un poco retrasada, porque el señor Presidente tardó un cuarto de hora.

Presidía la corrida el Sr. Teresa, miembro del Ayuntamiento.

Se abrió una puerta, y apareció el alguacil, que segun es costumbre en las cuadrillas españolas sale á pedir las llaves. Atravesó la plaza el ginete en un magnífico caballo andaluz, que manejaba á la perfeccion. Ese alguacil es uno de los mejores ginetes que ha visto México, pero los poncianistas le pegaren una silba de lo que hay poco.

En seguida la cuadrilla *partió* la plaza.

Los poncianistas gritaban *mueras*, que es preferible no comentar.

Salió el primer toro.

¡Ay, lector mio! ¡Cómo haré yo para decirte lo que era ese toro!

Un costal de marmaja sobre cuatro estacas. Al primer piquete que le dieron, levantó el rabo como para espantarse una mosca y se puso muy tranquilo á lamer el salitre de la muralla.

Luego se puso á buscar pasto, sin cuidarse de los toreros ni de cosa parecida.

No había poder humano que lo hiciera impacientar.

Animal más sinvergüenza no lo he visto en mi vida.

Lo más que se logró fué que levantara la cabeza y que apretando las arcas contra la barrera se quedara viendo á los lidiadores.

No tuvo valor para más.

Mazzantini estaba pálido como el dia en que lo han de enterrar.

Pero no hubo remedio, aquella béstia se dejó hacer cuanto se les dió la gana, se amparó por pobre y se declaró insolvente.

El otro, idem, idem.

El otro, lo mismo.

El otro, no hay para qué recomendarlo.

El otro, tal sería que formó la reputacion de sus antecesores.

Sucedía como con nuestros gobernantes: cada uno es peor que el anterior y mejor que el siguiente.

Ya no era posible soportarlo y fué preciso lanzarlo y devolverlo á sus patrios lares.

Volvió á abrirse el toril y ¡quién piensan ustedes que salió!

Un toro, es claro.

Pero era el mismo toro que habfan metido ántes.  
Aquí fué Troya.

¡María Santísima, lo que se volvió la plaza de toros!

Sillas, barandales, tejamaniles, cuanto era posible arrancar con las manos, comenzó á volar al redondel.

Mazzantini cogfa las sillas que cafan cerca de él y se las estrellaba al toro en la cabeza, con tal furor, como si aquel pobre alma de cántaro tuviera la culpa de que lo hubieran sacado de la ordeña para irlo á poner frente á una eminencia.

El público se enloqueció y acabó con la plaza.

Después de arrojar sillas al redondel, siguió arrojándolas á la calle, y cuantos peladitos y ensabanados acudieron atraídos por el escándalo interior corrían muy contentotes con su par de sillas en cada brazo.

De modo que se hizo una obra de caridad ajuarando las accesorias.

El público gritaba con todas sus fuerzas:

¡¡Muera tranca diaria!!

Porque se sabía que éste había dicho: "Al fin es la última corrida; demos un palo."

¡¡Qué se presente tranca diaria!!

Pero tranca diaria se había escondido.

Yo no lo sé; pero con ese nombre se designaba al anónimo empresario.

El cuento es que no dejó ni polvo de rastro.

Fuera de la plaza, el pueblo apedreó el coche de Mazzantini; un bárbaro de á caballo iba ya haciendo hondas la reata en el aire y tras del carruaje, que era una carretela abierta, para lazarlo. Hubo necesidad de que algunos gendarmes á caballo, fueran á todo escape, custodiando el coche. Multitud de descalabrados, pisoteados por las patas de los caballos, por los coches de particulares y toreros, iban como alma que se lleva pingo sin detenerse ante los pelotones, mujeres que lloraban, lluvias de piedra, tal era la escena de la calle.

Y allí paró el cuento.

Y ese es el espectáculo de civilización, virilización y honesto entretenimiento, con que ha dotado á esta capital el ilustre Congreso.

Debe estar que revienta de satisfacción ante su obra. Entre otras tiene ésta el secreto de robar al público.

Por lo ménos tranca diaria sacó sus cincuenta talegas de pesos.

¡Qué dicha!

Con que por ahora no tienen ustedes más novedad.

(El Tiempo del miércoles 23 de Marzo de 1887.)

*[Handwritten signature]*

**E**l Partido Liberal correspondiente al martes próximo pasado, publicó un artículo de diez columnas, para demostrar que no existe en México prensa de oposicion.

No tengo que ponderar á vdes. el trabajo, los sudores, la asfixia que me habrá costado engullir esas diez columnas íntegras, con sus dos tercias de largo, porque desgraciadamente *El Partido* no tiene folletin.

Las posturas que he cambiado, las miradas con que á cada paso recorría lo que me faltaba, el dolor de colegial que no tarda en clavárseme en el costado, el sabor á medallita, etc., etc. La empresa de leer un artículo semejante, se queda para sufrido y no para contado.

Pero ello es que como Dios me dió á entender concluí la lectura, y me acosté sin poder dormir de cansado, como el que ha recorrido veinte leguas á pié.

Ese articulote ha sido como la prima que *El Partido* da á sus suscritores (!), como el traje de

estreno en Juéves Santo, como la gran sorpresa que preparaba al gobierno, para decirle tícitamente: "Tío, ya ves que se trabaja....!" y para que el Señor Ministro les dijera: "Bien, bien, chicos, ¡ha estado bueno esto!"

—"Favor que vd. nos hace, señor Ministro."

—"No, no, ya veremos...."

¡Figúrense vdes. qué golpe tan maestro!

¡Derribar de una plumada á todos y cada uno de los periódicos libres que se publican en México!

Este ha sido un palo de ciego, un ángel exterminador que pasó el mártres por las imprentas de la Capital, un cólera morbus fulminante que en dos por tres nos mató de un calambre. Ya me figuro cómo habrá amanecido el autor de gordo y de satisfecho. Andará que ni la tierra lo merece, escupiendo de ducha, saludando con los ojos, si es que saluda, y echando un salero por Plateros, que ¡válgame Dios! Y todo esto porque escribió diez columnas y soltó la grande á la prensa. Entre los periódicos subvencionados se mide el mérito de los artículos por el tamaño, porque el caso es llenar. De modo que este del mártres se habrá sacado el premio gordo.

Pero vamos al caso.

El Partido comienza asentando como cosa evidente que no existe prensa de oposición en México, y emplea diez columnas, pretendiendo demostrarlo.

¿No les parece á vdes. que es locura pretender demostrar, y con demostraciones de á kilómetro, lo que es evidente!

No he de ser tan cruel que me ponga á contarle al lector del *pé* al *pá* todo lo que dice ese archiartículo, porque sería cosa que nos darían las doce de la noche en el cuento; voy nada más á formar un extracto de la parte que consagra al *Tiempo*, porque, inútil es decirlo, *El Tiempo* es el que peor sale en la revista, y primero hubiera *El Partido* dejado la subvencion que olvidádose del *Tiempo* en su vaciada.

Mejor, á mí me gusta mucho que rabien; esa es señal de que están agraviados, y esto á su vez señal de que *algo se ha hecho*.

Después de muchas ocurrencias, como hoy se llama á los disparates; después de asegurar que en México no hay periódicos de oposicion, porque no son como los del extranjero, esto es, porque no representan agrupaciones políticas que se disputan el poder; después de asentar que en el país no hay partidos, que no existe más que el *partido liberal* (cosa chistosísima, pues no comprendo como puede existir un partido sin que existan otros, segun es manifesto); después de asegurar que en las grandes cuestiones que han surgido en la República, la prensa de oposicion no ha dicho una sola palabra sensata, sino que han sido resueltas

por los periódicos subvencionados; y despues de calificar ese hecho de *cosa rara* (como quien dice: lo raro es que el periódico subvencionado sea inteligente); despues de arremeter contra *El Monitor* arremete contra *El Tiempo*.

Sólo Dios sabe el susto que me dió ver esta palabra por separado: y digo así, porque la palabra *Tiempo* no se le cayó de la pluma al articulista en ninguna de las diez columnas.

Al combatir al *Tiempo* no cita á ningun otro periódico; en cambio el nuestro sale á bailar, áun cuando se trate de cualquiera otro.

Esto es mejor aún.

Comienza diciendo que segun confesion propia no pertenecemos á ningun partido, pero que no por eso *El Tiempo* es tirador franco; es órgano añade) de una cofradía que ni olvida ni perdona.

¡*El Tiempo* no es tirador franco!

Pues ¿qué entenderán éstos señores por franqueza?

Si no lo es decir las cosas con todas sus letras con toda su verdad, como la dijimos cuando habia libertad de prensa, entónces que nos fusilen, pues ya no falta más que eso.

En cuanto á lo de la *cofradía*, acusamos recibo de la calumnia y nada más; porque lo que gratuitamente se afirma, gratuitamente se niega.

Lo gracioso es que el articulista, llama(mosle así,

no cesa de reprobarnos lo que él apellida injurias, y nosotros y el público todo, *verdades*. Y en cambio, nos llena de insultos desde el principio hasta el fin.

Para poner de manifiesto la grande inconsecuencia del articulista, me había propuesto copiar todos los insultos que consagra al *Tiempo*, pero desisto de tal idea, porque son dos columnas y media, literalmente llenas de injurias.

Con sumo trabajo he podido entresacar unas cuantas frases que tienen viso de argumento, á fin de refutarlas.

Hélas aquí:

1º “Una de las muletillas más frecuentes del diario evangélico es, la opresion en que el gobierno tiene aquí al clero católico, á ese clero que nunca ha sido ni más libre, ni más respetado. Verdad es que *El Tiempo* no aduce jamás un hecho que pruebe esa tiranía.”

Contestación: hemos aducido oportunamente, entre otros, estos hechos: el señor cura de Amecameca fué reducido á la más arbitraria prision, porque no pudo impedir que unos cuantos indios subieran con vela en mano al *Sacromonte*; y esto cuando la autoridad tenía fuerza armada para impedirlo, y no lo quiso hacer; y cuando es público y notorio que el referido señor Cura, ni personal-

mente ni representado por algun otro sacerdote, tomó parte en el hecho. Y á tal grado llegó la tiranía, que el defensor nombrado por aquel señor Cura, fué puesto igualmente preso, *por el hecho de ser defensor.*

Otros señores Curas corrieron la misma suerte.

El señor Cura de Señor San José, fué despojado de su casa, que expresamente exceptúa la ley de toda accion para ser adjudicada.

El señor cura Fernandez Mangas fué insultado y perseguido impunemente por los liberalescos de su feligresía, segun documentos que publicamos oportunamente.

Esta es la hora que no se castiga al asesino del señor Cura de Cuapixtla, cuyo asesinato fué perpetrado á la vez que el de Eymin.

*El Partido Liberal*, como lo manifestamos en su oportunidad al Agente del Ministerio Público, excitó á un ciudadano á asesinar á un señor cura.

¡Bastan estos hechos!

Suponemos que sí, pues el articulista pedía *uno*, y ya vé que aducimos muchos. Y cuente con que no lo hacemos hoy, sino que lo hemos hecho á su tiempo, de manera que el referido articulista ha dicho una doble mentira al asegurar que no hemos aducido un solo hecho.

2º “Que hemos defendido la invasion extranjera.”

¡Cuánto clausismo!

3º “Que son sacerdotes los redactores de *El Tiempo.*”

Mentira que ya no tiene chiste.

4º “Otra de las muletillas del diario piadoso es la *mano de la masonería.* *El Tiempo* vé esa *mano* en todos los actos gubernativos y hasta debajo del sillón del presidente.”

Exactamente; y demostrar la verdad de esa muletilla, es el objeto de nuestras “*Cartas al Pueblo,*” con la diferencia de que en vez de estar esa *mano* debajo del sillón presidencial, está encima de ella, á la misma altura que la del señor Presidente.

Y de la demostracion de esa muletilla, sacará más provecho el pueblo de lo que el articulista se figura.

5º “Que lloramos gruesos lagrimones sobre la tumba del imperio.”

Falso de toda falsedad, y puede citarnos *El Partido*, *cuándo y cuántos y dónde.*

Esto es lo eficaz. Sin embargo, debemos recordarle que en presencia del actual estado de cosas, los liberales que no recibían dinero del tesoro público, sí han llorado sobre la tumba del imperio, allá en la redaccion del *Correo del Lúnes.*

6º “Que sentimos amor platónico por los que publicaron el decreto del 3 de Octubre de 1865.”

No, lo que sentimos es que ese decreto no se hubiera aplicado á tantos bandidos, que con pretexto de defender á la patria, cometían toda clase de crímenes diariamente, en las haciendas, los caminos y las pequeñas ó indefensas poblaciones.

7º “*El Tiempo*, azuzador y patrono de los motines estudiantiles de Noviembre de 1884, tuvo acerrados dardos, á falta de buenos argumentos, de los cuales siempre escasea, para los decretos de Junio. Pero ha aplandido *in petto* los 1,128 millones y pico que costó la traida de cierto manto de púrpura, de los cuales millones sólo llegaron á México 30 ó 40.”

Del primer cargo sólo diremos que, quisiéramos arrobas, toneladas, pues debido á esos motines no se llevó á cabo el inícuo contrato Noetzlin.

La ciudad que se iluminó el día del triunfo, la República toda que aplaudió con energía inusitada nuestra conducta, serán las que contesten esa *acusacion* que nos hace *El Partido*. Lo repito: que vengan á toneladas; hay sugeto.

Al segundo cargo, iba yo á pedir al *Partido* que exhibiera las pruebas, los hechos de que hablamos aplandido esos 1,128 millones, que por otra parte envuelven una calumnia; pero tropecé con estas dos palabras que desbarataron todo mi plan: *in petto*.

Es decir, entrándose á nuestra conciencia privada dice que *interiormente* aplaudimos, etc.

Pues aquí sí me estrellé.

En esta época de hipnotismo, *El Partido* adivina lo que sentimos y lo que pensamos.

Pues no tenemos manera de combatir esa *adivination*.

¡Sobre qué ha adivinado!

No teniendo una sola de nuestras palabras en qué apoyarse para hacernos tal acusacion, dice:

“Bueno, *El Tiempo* escribe lo contrario, pero *in petto*...”

Eso sí no tiene contra.

Doblo las manos, y adelante.

8º “Pero ¡hace *El Tiempo* verdaderamente la oposicion al gobierno del general Diaz! ¡Lo hemos dicho así! Pues rectificamos. No, el *Tiempo* no hace la oposicion á este gobierno: se la hace á la luz que ofusca y deslumbra los ojos, configurados para vivir en las tinieblas, y que le obligan á meterse en los carcomidos machinales del pasado;” (siguen cincuenta líneas de injurias).

Primera verdad que encontramos en todo el articulo: “*El Tiempo* no hace la oposicion al general Diaz.” Exactamente: no es al general Diaz á quien hacemos oposicion.

Así como no tenemos candidatos, tampoco te-



ñemos blancos de ataque. Combatimos los ñechos.

Si combatir al gobierno, significa combatir al general Diaz, es tanto como asegurar que este es el gobierno, el Estado, es decir, un Monarca.

Con lo cual le hace *El Partido* la más grave injuria, que algunos incautos pudieran tomar como una confesion.

Por último, para cerrar, con broche de oro, su sermón al *Tiempo*, concluye el articulista con el siguiente argumento, que ni tiene ni ha tenido ni puede tener rival en la tierra:

“Pero tambien *El Tiempo* hace la oposicion á la Divina Providencia, porque *El Tiempo* es un diario sacrilego.

“¿Lo dudan nuestros lectores? Pues escuchen: segun las doctrinas del órgano piadoso, no se mueve una sola hoja en el árbol sin la permission de Dios, es decir, que no sucede nada en el mundo sin que El lo consienta y quiera.

“¿Y qué hace *El Tiempo*? ¿Se conforma con la Voluntad Divina, que ha permitido que la idea liberal germine escandalosamente y que los infames liberales sirvan de azote y de castigo al mundo, para que el mundo expfe los crímenes que cometieron otras generaciones muy amigas del evangélico diario!

“¿Que se ha de conformar! Combate iracunda-

mente esa voluntad, y grita y pateo como un chiquillo mal educado, y vocifera que lo que sucede en el mundo, porque Dios lo quiere y lo dispone, es la infamia de las infamias.”

Consecuencia: oídla bien, señores predicadores. Abajo los púlpitos; idos á vuestras casas. Existen los pecados, luego Dios los permite; no los combatais, no enmendeis la plana á Dios. ¿Qué sacrilegio! ¿Eso es hacer oposicion á la Divina Providencia!

Digo, pues, que en los años que cuento de vida no había oído un argumento más contundente.

Si hoy no reviento, que me dé el cólera.

¿Que se cierren los tribunales, que se rompan los Códigos, que acabe todo lo que tiende á corregir el mal!

¡Dios lo permile!

Esto vale una copa.

¿De qué la toma vd!

Con que ya le dí gusto al *Partido*. Publicó su articulazo, con el exclusivo objeto de verse combatido por la prensa, que ya lo había olvidado.

Se dijo: “es seguro que cada periódico saldrá á su respectiva defensa.”

Yo tambien sé leer lo que hay *in pecto*, y ya le dí gusto.

Espero mi gala.

(*El Tiempo* del viernes 25 de Marzo de 1887.)

GUER.—TOMO II.—28